Azken agurrak

Heriotzaren aurrean, erritualek, edozein izanda ere, galera horri zentzua ematen laguntzen dutela diote adituek, kokatu egiten gaituztela nolabait

OLATZ ELOSEGI



Txikia nintzenean, gustuko nuen azaroaren lehen egunean hilerrietara joateko ohitura. Bi genituen herrian, eta bietara egiten genuen bisita. Nahiago izaten nuen kanposantu zaharra, hildakoak lurpean gordetzen zituena. Lorez gainezka egoten ziren hilobiak, koloretsu, eta harriak, garbi eta distiratsu. Batzuen eta besteen artean sortutako korridoreetan paseatzeak bazuen kutsu berezia. Gerora, harreman zailagoa izan dut hurbilagotik ukitu nauen heriotzarekin eta hilerriekin oro har. Bada, igande honetan, asko izango dira ohitura hura bera errepikatuko dutenak, gero eta gutxiago badira ere. Antza, gero eta gehiagok hautatzen dute errausketa hilobiratzea baino.

Maite ditugun horiei agur esateko moduak ugariak eta anitzak dira, eta izan dira munduan historian zehar –kultura batek heriotzarekin duen harremana ezagutzea omen da hura ulertzeko modurik onenetako bat–, baina guztien funtsa bera da. Heriotzaren aurrean, erritualek, edozein izanda ere, galera horri zentzua ematen laguntzen dutela diote adituek, kokatu egiten gaituztela nolabait; eta hildakoari azken agurra ematea ezinbesteko urratsa dela dolu-prozesuan.

Pandemiaren lehen olatuan, egunean mila pertsona inguru hiltzen zirenean, esaterako, oso zaila izan zen agur horiek ematea, heriotzak berekin dakarren mina are gordinagoa bihurtuz, eta horrek guztiak gizartean utzitako arrastoa oraindik ere nabaria ei da. Heriotza perinatala pairatu behar izan duten gurasoek ere horixe aldarrikatu izan dute: haurra agurtzeko eskubidea, maiz ukatu izan zaiena euren doluari bide emateko. Hondamendi, istripu larri edo atentatu handietan agur indibidual horiek ezinezko bihurtzen direnean, are sakonagoa eta lazgarriagoa izaten da geratzen direnen zauria. Eta zer esanik ez –eta halakoak tamalez izan ditugu– presaka egindako identifikazioen ondorioz familien eskubideak aldrebesten direnean.

Lerro hauek idazterakoan, oraindik ere baziren Toledoko Urda herrian izandako tren-istripuan euren senitartekoen bila zebiltzanak. Albiste onak jasotzeko itxaropenik gabe ia dagoeneko, atsekabeak eta beldurrak hartuta –«hau infernua da», zioen aitagatik galdezka zebilen gazte batek–, ziurgabetasunari amaiera emango zion erantzun baten bila. Ez baitago galerari aurre egiteko modurik maite dugun hura non dagoen ere ez dakigunean. Agurra izan daiteke hitzez edo isiltasunean, bakarka edo ingurukoen babesaz; ekitaldi xume baten bidez edo agurtutakoaren bizitza ospatzeko festa baten bidez. Beste edozein eskakizunen gainetik, agur esateko eskubidea bermatua behar dugu denok.

Las cosas de la vida

JOSEAN FERNÁNDEZ
Presidente de Aergi. Máster en Prevención y Tratamiento de Conductas Adictivas y Drogodependencias. Univ. Valencia

Jugué demasiado y cuando la partida torna a su fin, poder volver la mirada atrás, a mis cosas de entonces, es un lujo seguro inmerecido, pero real como la vida misma

Andábame yo discurriendo en estos inicios otoñales sobre los avatares de la vida que, en mi caso, tras larga evolución, me permiten tener una perspectiva amplia de mi deambular a lo largo de ella. Recuerdo con nitidez aquellos veranos catorceañeros que se convertían en un largo (entonces me parecían durar mucho) peregrinaje que arrancaba con las fiestas allá por San Luis y, tras recorrer todo el santoral fiestero, concluían por Santa Cruz ya bien entrado el mes de septiembre. Añádanse entre ambas las de todos los barrios y pueblos de alrededor. Nuestras zapatillas eran inasequibles al desaliento y las caminatas no eran obstáculo para pies tan devotos que, además del desplazamiento andarín, podían estar bailando, o más bien pidiendo baile, hasta la conclusión de la verbena de turno.

Los dineros no eran precisamente abundantes, pero siempre nos apañábamos para «tomar algo». Y, créanme si les digo que en aquel entonces nadie se oponía, ni nos llamaba la atención, por consumir combinados con alcohol sin más medida que la económica. 'San Franciscos', 'Destornilladores', 'Cubalibres' y hasta licores secos, se sucedían en cadena hasta que los más flojos comenzaban a sucumbir y se tenían que ahuecar detrás de los tablados para no hacer el ridículo y dejarse cuidar por algunos de los que se mantenían en pie cayera lo que cayera. Los campeones, los que sabíamos beber, éramos quienes teníamos que acompañar a los flojeras hasta sus casas donde eran recibidos con cierta severidad por no haber sabido beber como hombres, mientras que los tíos duros, tipo John Wayne, recibíamos los parabienes y la aprobación de los mayores por nuestra 'labor humanitaria', lo cual nos henchía de orgullo y ganas de que llegaran las siguientes fiestas para repetir la hazaña, cosa que solía ocurrir el siguiente fin de semana. Santos, Santas, Cristos y Vírgenes, se iban dando el relevo y, entre ellos, fiestas intercaladas de barrios que competían por atraer a cuanta más gente pudieran para llenar plazas y bares, sobre todo bares, que ahí es donde se mide si el asunto es rentable o deficitario de cara a repetir o no el siguiente verano...

Oigan, un auténtico no parar, que nos hacía llegar al otoño sin fuerzas para coger los libros y cambiar el modelo sin dejar de mirar de reojo a algún nuevo amor conocido en aquellos bailes tan serios. Un amor muy bien mirado, entre los cristales de los vasos, apenas pasados por agua, que nos servían en las cantinas instaladas en cualquier sitio por los vecinos que competían con los bares y negocios para costear el caché de los conjuntos de moda compuestos por chicos como nosotros (qué envidia) con aquel repertorio de canciones que endulzaban los primeros bailes agarrados y las primeras copas que nos hacían creernos tan importantes a algunos campeones como yo. Lo cierto es que las cosas de la vida no se detuvieron por mí y, el ser campeón de copas, no se correspondía con éxitos en otros ámbitos. Mi atención se fue centrando más en los vasos que en el resto de actividades. Lo primero era aquello en lo que me consideraba de lo mejor y, lo último, aquello en lo que no ponía ni el más mínimo interés. La debacle había comenzado y ya estaba absolutamente mediatizado por el alcohol, el tabaco y sus efectos sistémicos sobre una genética narcotizante (la mía), incrementada con consumos compulsivos de verbena en verbena. Mis actividades, incluidas las laborales, obviamente, no eran el fin, sino el medio del que me servía para alcanzar el fin, que eran, como no, las copas.



ILUSTRACIÓN JOSEMARI ALEMÁN AMUNDARAIN

Los que sabíamos beber teníamos que acompañar a los flojeras a sus casas donde eran recibidos con cierta severidad

Pero 'las cosas de la vida' tenían sus propios planes y yo me fui saliendo de ellos y de ella, hasta quedarme sin sitio. Mi manera de consumir me fue separando de todos los 'flojeras' hasta que no me quedaron 'campeones' con los que beber y fumar. Quien más, quien menos, se había centrado ya en su vida y yo seguía haciendo 'como qué' ..., ¡cómo qué no sé muy bien cómo qué! Y, para colmo, mi gran aliado, el alcohol, me traicionó. Así que después de haber hecho 'tanto' por tantos, me encontré con que no quedaba nadie para hacer algo por mí y mi gran aliado complotaba para romperme llevándome a la ruina en dos ocasiones consecutivas de las que a duras penas logré salir tocado, pero no hundido. Me negué a ver su traición y me alié con él de nuevo. Pero todo fue una celada. Su fuerza acumulada se desató y apenas quedó algo de mí. Entonces sucedió algo extraordinario que cambió mi vida radicalmente. Unos ojos de un añito de vida me sacudieron de tal manera que nunca, nada, ha vuelto a ser igual. Una vida de un año (tan cortita) cambió radicalmente otra de 45, y lo hizo con tanta intensidad, que el campeón de copas se bajó del pedestal y cambió lo de llevar flojeras a casa, por compartir con ellos la fuerza que me regalaron aquellos dos ojos aquel día de abril sin siquiera haberlo pedido.

Hoy, los libros del otoño no son de curso escolar y, en mi vida ya es otoño, sino invierno. Jugué demasiado con 'las cosas de la vida' y, cuando la partida torna a su fin, poder volver la mirada atrás, a mis cosas de entonces, es un lujo seguro inmerecido, pero real como la vida misma. Fíjense mucho en los ojos. Son los faros de la vida, de todas las vidas.